

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (Rom. 11, 33-36)



“Él es origen, guía y meta del universo”

«¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastrables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le ha dado primero para que él le devuelva? Él es origen, guía

y meta del universo. A él la gloria por los siglos. Amén.» (Rom. 11, 33-36).

“¡Qué abismo”: S. Pablo se admira del sapientísimo proyecto salvador de Dios, que aprovecha el proyecto rebelde del hombre, para triunfar de la rebeldía humana mediante su infinita misericordia.

«PROFUNDIDAD DE LAS RIQUEZAS.

Dios conocía desde el principio la conducta y trabajos de los hombres; ya que ni el género humano se puede salvar sólo por la severidad de la justicia, ni podía llegar a la perfección sólo por la misericordia, decretó lo que se debía predicar en cada momento; permitiendo antes a cada persona decidir por él, porque, guiados por la ley natural, se puede conocer la justicia. Y porque la autoridad de la justicia natural fue debilitada por el hábito del pecado, fue dada la ley (positiva), de manera que el género humano fuera frenado por el miedo al conocer la ley. Pero eran declarados culpables por la ley, porque no se cohibieron ante ellas; fue proclamada la misericordia, que salvaría a los que se refugiaran en ella (en la misericordia), y cegaría sin embargo durante algún tiempo a quienes la rechazaran; invitando a participar de la promesa de los judíos a los gentiles, los cuales antes no habían querido seguir la justicia de Dios, dada a través de Moisés; de manera que los judíos volvieran, celosos al ver la salvación de los gentiles, a la fuente de la raíz, prometida en la ley, que es el Salvador. Ésta es la profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que con su abundante providencia ha ganado a ambos, judíos y gentiles para la vida eterna.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Carta a los Romanos; CSEL 81, 389).

“De generosidad”: Es el 1^{er} genitivo dependiente de “¡qué abismo!”. Es grande la admiración que produce la misteriosa “generosidad” del Señor en el corazón del apóstol S. Pablo. Esta “generosidad” hace alusión a la *riqueza* infinita de Dios, que no es avaro con sus dones, sino que los distribuye generosamente a quien los pide y se abre para recibirlos. Hace también alusión a la bondad infinita de Dios, que no tiene límite y se desborda en “generosidad”:

«Da a todos generosamente y sin echarlo en cara.» (Sant. 1, 5).

“De sabiduría”: Es el 2^o genitivo dependiente de “¡qué abismo!”. Se refiere al conocimiento infinito y amoroso de Dios, que aquí se mani-

fiesta eficaz en la salvación del hombre. Esta sabiduría hace alusión al sapientísimo acierto de Dios en utilizar los datos que su ciencia infinita le han proporcionado en la consecución de la salvación del hombre:

*«¿Es que no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? Que Dios desde siempre es Yahveh, creador de los confines de la tierra, que no se cansa ni se fatiga, y **cuya inteligencia es inescrutable.**» (Is. 40, 28).*

“Y de conocimiento (ciencia) el de Dios!: Es el 3^{er} genitivo dependiente de “¡qué abismo!”. Se refiere al acierto en el desarrollo del plan salvador de Dios, al camino certero que va a seguir Dios para conseguir con eficacia la salvación del hombre:

«Porque es más vasto que el mar su pensamiento, y su consejo más que el gran abismo.» (Si. 24, 29).

“¡Qué insondables sus decisiones”: No pudiendo el hombre llegar con su conocimiento al misterio insondable de los designios divinos, el camino que tiene a la mano es creerlo y aceptarlo, por más desconcertante que le parezca, como camino eficaz para conseguir su salvación.

Dios esperó en su infinita sabiduría mucho tiempo, desde Adán hasta Cristo Jesús, hasta que el hombre, deponiendo su jactancia autosalvadora, sintiera la necesidad de la misericordia divina. El proceso fue largo, lento y misterioso, pero sapientísimo y eficaz.

“Y qué irrastreables sus caminos!”: Con la expresión “caminos”, se refiere S. Pablo a la providencia usada por Dios para la salvación del hombre:

*«Deje el malo su camino, el hombre inicie sus pensamientos, y vuélvase a Yahveh, que tendrá compasión de él, a nuestro Dios, que será grande en perdonar. Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son **mis caminos** —oráculo de Yahveh—. Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan **mis caminos** a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros. Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará*

a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié.» (Is. 55, 7-11).

Es verdad que produce no poca sorpresa y desconcierto el modo de proceder de Dios en los acontecimientos del devenir humano, pero su sabiduría infinita somete a su dominio todo desconcierto histórico, conduciéndolo certeramente a la salvación de la humanidad.

“¿Quién conoció la mente del Señor?”: S. Pablo tiene en mente textos del Antiguo Testamento:

«¿Quién abarcó el espíritu de Yahveh, y como consejero suyo le enseñó?» (Is. 40, 13).

«¿Quién le hizo frente y quedó salvo? ¡Ninguno bajo la capa de los cielos!» (Job 41, 3).

Si alguien conociera “la mente del Señor”, ése necesariamente tendría que ser Dios.

“¿Quién fue su consejero?”: Una sabiduría creada, por más sabia que sea, se vería limitada en cuestiones que le superan, y necesitaría de un consejero superior que la ilustrara adecuadamente; pero una sabiduría increada, que nada le supera, no precisará de criatura alguna para ser aconsejada.

“¿Quién le ha dado primero para que él le devuelva?”: Dios no es deudor de algo con persona alguna:

- Dios, infinitamente rico, no es deudor de alguien que le haya regalado algo.
- Dios, infinitamente sabio, no necesita consejero que ilustre su sabiduría divina.
- Dios, infinitamente inteligente, no es penetrable en sus designios por criatura alguna.

La independencia divina en relación con su creación es definitiva y total, sin embargo, su misericordia infinita le mueve a ternura extrema:

*«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los **amó hasta el extremo.**» (Jn. 13, 1).*

*“**Él es origen, guía y meta del universo**”: Otros traducen: “De él, por él y para él son todas las cosas”.*

En realidad, es lo mismo, dicho de otra manera:

- *“**De él**” = “**Él es origen**”:* En cuanto que todo procede “*de Él*”: Del Señor reciben el ser todas las cosas.
- *“**Por él**” = “**Guía**”:* En cuanto que todo subsiste “*por él*”: Del Señor depende la permanencia en el ser recibido.
- *“**Para él**” = “**Meta**”:* En cuanto que todo tiende y es “*para él*”.

*«**EL PADRE “DE ÉL” Y EL HIJO “POR ÉL” Y EL ESPÍRITU “PARA ÉL”.***

“De Él y por Él y para Él son todas las cosas”, texto en que “de Él” se refiere al origen de la existencia de todas las cosas; “por Él” a su conservación, y “para Él” a su finalidad (cf. Hebr. 9, 14).» (ORÍGENES, Contra Celso, 6, 65; SC 147, 340-342).

*«**OBRA SALVÍFICA DEL DIOS TRINO.***

*“Porque de Él, escribe, por Él y para Él son todas las cosas. ¡A Él la gloria!”. Con lo dicho, Pablo reveló el significado que estaba oculto para el mundo. Pues porque Dios es el Creador de todas las cosas, –pues creó lo que no existía, para que empezase a existir–, todo procede **de Él**. Y porque todo existe **por Él**, todo empezó a existir a través de su Hijo, que es de la misma substancia y cuya obra es también la obra del Padre. Y porque el Padre obra a través del Hijo, todas las cosas existen por el Hijo. Y porque lo que procede de Dios, existe a través de Dios; después ha renacido en el Espíritu Santo: **en Él** están todas las cosas, porque el Espíritu Santo procede de Dios Padre, y por eso conoce lo que está en Dios. Luego, también el Padre está en el Espíritu Santo; porque lo que procede de Dios Padre, no puede ser distinto de Dios Padre. Por lo tanto, “a Él la gloria, porque de Él, por Él, y para Él son todas las cosas”. En consecuencia, las cosas que comenzaron a existir, para ser de Él, por Él y para Él, no pueden conocer su pensamiento y su consejo. Sin embargo, Él conoce todas las cosas, porque todas están en Él. Aquí Pablo habla a las claras del misterio de Dios, que, como antes dijo, no debe ser ignorado por ellos.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Carta a los Romanos; CSEL 81, 391-393).*

“A él la gloria por los siglos”: Y como todas las cosas son creadas *“para él”*, pues él es la *“meta de todo lo creado”*, *“a él la gloria por los siglos”*.

La entera creación, la historia del hombre sobre la tierra, tu vida entera, no tienen otra meta que la *“gloria”* de Dios. Nada mejor podrás hacer en tu vida que darle gloria a Dios cumpliendo su santa voluntad, no la tuya. No es tu gloria lo que tiene valor, ni la gloria del cosmos, o de la industria, o del arte... No, nada de esto es gloria válida ni valiosa: ¡Sólo Dios!

“Amén”: Reafirma de nuevo S. Pablo todo lo dicho con un rotundo *“amén”*, como había escrito en el v. 5. Es como el sello y la rúbrica del documento que ratifica el contenido del mismo: *“Amén”*.

3ª Lectura (Mt. 16, 13-20)



“Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los cielos”

«En aquel tiempo llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo y preguntaba a sus discípulos: –¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»

Ellos contestaron: –Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.

Él les preguntó: –Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo: –Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió: –¡Dichoso tú, simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo. Y les mandó a los discípulos que no dijesen a nadie que él era el Mesías.» (Mt. 16, 13-20).

“Llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo”: Jesús estaba por los entornos de Betsaida (Julias), donde había multiplicado los panes y

los peces, y desde aquí se desplazó camino del norte, por la orilla oriental del Jordán, hasta Cesarea de Filipo. El traslado es de cerca de 70 Kms., distancia que se recorría entonces en dos jornadas. Las gentes de esta región eran paganas.

La pretensión de Jesús en esta ocasión es la de consolidar la fe de sus discípulos sobre su condición divina y su misión mesiánica. Es significativo que para esta tarea Jesús se haya alejado del pueblo judío y se haya adentrado en el pagano.

“Y preguntaba a sus discípulos”: Comienza Jesús su enseñanza con un interrogante pedagógico para introducir de inmediato a sus alumnos en el meollo de la cuestión.

“¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”: No es poco con que las gentes reconozcan al menos algo grande en Cristo Jesús bajo la vertiente humana, como Hijo del hombre. En su día lo podrán reconocer también como auténtico Hijo de Dios, es decir, Dios.

Bien sabe Jesús lo que piensa y dice la gente respecto de Él y de su misión terrena, pero suscita de este modo un diálogo pedagógico, que va a terminar en lección mesiánica importantísima: autoridad, fundamento y poderes petrinus.

Es misión de la Iglesia y de todo cristiano crear ambiente de diálogo cristiano que termine, como en este caso, en pro de la Iglesia de Pedro.

En el momento histórico en que vive la Iglesia en este mundo, se hace urgente suscitar el diálogo religioso en orden a conectar las almas con Dios, las cuales están siendo asfixiadas por la propaganda atea, por la pseudo-religiosa, indiferente, pagana, mundana y religiosa falsa. Si tú no te ofreces a la labor pastoral, muy falto de amor andas. ¡Pide a Dios que te ilumine y fortalezca! Y si tú ya te has puesto al servicio de tus hermanos para acercarlos al Corazón abierto del Salvador, no te ahorres esfuerzos por hacer que ese ardiente amor tuyo se acreciente hasta que arda el mundo entero.

«LA PREGUNTA HECHA FUERA DE JUDEA.

Cesarea de Filipo se encuentra fuera de Judea, en la región de los gentiles. ¿Por qué nuestro Señor no pregunta a sus discípulos dentro de

Judea sino en los límites de los gentiles? Para advertir nuestra insignificancia [como gentiles] es por lo que preguntó en territorio de los gentiles, y recibió la confesión verdadera y eterna del bienaventurado apóstol Pedro, a quien no se lo había revelado ni la carne ni la sangre sino el Padre celestial. De esta forma, por su fe los gentiles recibieron al Hijo de Dios mejor que los judíos. En efecto, en la ciudad de Cesarea fue Cornelio el primero de los gentiles en creer, junto con toda su familia, por medio de San Pedro el apóstol. Por eso el Señor no quiso preguntar a sus discípulos en Judea, porque los judíos no creían que Jesús fuera Hijo de Dios, sino hijo de José.» (EPIFANIO EL LATINO, Interpretación de los Evangelios, 28; PL Supp. 3, 868-869).

“Ellos contestaron”: La respuesta de los discípulos es un eco del parecer de las gentes: es la triple forma que se le comunicó a Herodes:

*«Se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba, y estaba perplejo; porque unos decían que **Juan** había resucitado de entre los muertos; otros, que **Elías** se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos **profetas** había resucitado. Herodes dijo: “A Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?” Y buscaba verle.» (Lc. 9, 7-9).*

“Unos que Juan Bautista”: Tal es el caso de Herodes, y algunos otros que, como él, creían que Jesús era Juan el Bautista, que había resucitado de entre los muertos. Herodes no concibe que pueda seguir muerto el inocente que él ha asesinado.

La culpabilidad homicida herodiana entontece, pero censura saludablemente su crimen. Ésta es la razón por la que tus maldades personales te acusan hasta lo insospechado, pero finalmente serán saludable censura para reorientar tu vida pecadora.

“Otros que Elías”: Fundados en la profecía de Malaquías, creían que Jesús era Elías, que había de venir antes que el Mesías para preparar su llegada:

«He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahveh, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema.» (Malq. 3, 23-24).

La vida inocente inclina ahora al hombre de Dios (al cristiano) a preparar la venida última del Mesías, que volverá al final de la historia (parusía). Tu actual testimonio cristiano arrastrará a tus hermanos hacia Dios.

“Otros que Jeremías”: Se cuenta en el libro 2º de los Macabeos que Jeremías había escondido el tabernáculo, el arca y el altar del incienso en tiempos del destierro babilónico, y se decía que Jeremías habría de venir antes de la llegada del Mesías para descubrir el sitio donde había escondido estos tesoros:

*«Se decía también en el escrito cómo el profeta (Jeremías), después de una revelación, mandó llevar consigo la Tienda y el arca; y cómo salió hacia el monte donde Moisés había subido para contemplar la heredad de Dios. Y cuando llegó Jeremías, encontró una estancia en forma de cueva; allí metió la Tienda, el arca y el altar del incienso, y tapó la entrada. Volvieron algunos de sus acompañantes para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. En cuanto Jeremías lo supo, les reprendió diciéndoles: **“Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio. El Señor entonces mostrará todo esto; y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en tiempo de Moisés.”** (2 Mac. 2, 4-8).*

Los ojos codiciosos ven en la bondad de Jesús, a través de los siglos, y por medio de su Iglesia, a:

- Un medio de enriquecerse: dinero.
- Una razón para cohonestar sus rapiñas.
- A un negociante.

No conciben los avarientos que la vida de Jesús sea una vida que no busca tesoros metálicos.

“O uno de los profetas”: Otras gentes se conformaban con decir que Jesús era uno de tantos profetas que había dado al mundo el pueblo judío.

Pero, en general, el pueblo no creía que Jesús fuera el Mesías esperado: según las falsas concepciones transmitidas por los antepasados y que habían enseñado sus doctores, el Mesías sería Mesías temporal, glo-

rioso (al modo mundano), triunfante de sus enemigos políticos (los romanos) y poderoso con la espada.

El pueblo veía que la vida y doctrina de Jesús no satisfacía el ideal que se había forjado. Al pueblo, estragado en y por sus vicios, no le llena la vida sobrenatural de Jesús. ¿Qué es lo que a ti te llena? –Eso eres: si te llena Cristo, cristiano; si el mundo, mundano; si el dinero, metalizado; si el placer, vicioso...

“Él les preguntó: –Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”:

«¿QUIÉN DICE LA GENTE QUE ES EL HIJO DEL HOMBRE?»

¿Y por qué no les preguntó inmediatamente lo que ellos sentían, sino que quiso antes saber la opinión del vulgo? Porque quería que, expresada ésta y volviéndoles a preguntar a ellos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, el tono mismo de la pregunta los levantara a más alta opinión acerca de Él y no cayeran en la bajeza del sentir de la muchedumbre. Por eso justamente tampoco les interroga al comienzo de su predicación.

Cuando ya había hecho muchos milagros y les había enseñado muchas y elevadas doctrinas, cuando les había dado tantas pruebas de su divinidad y de su unión con el Padre, entonces es cuando les plantea esta pregunta.

Y no les dijo: “¿Quién dicen los escribas y fariseos que soy yo?”, a pesar de que éstos se le acercaban muchas veces y conversaban con Él, sino: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Con lo que buscaba el Señor el sentir del pueblo. Porque si bien ese sentir se quedaba más bajo de lo conveniente, por lo menos estaba exento de malicia; mas el de los escribas y fariseos se inspiraba en pura maldad.

Y para dar a entender el Señor cuán ardientemente deseaba que se confesara y reconociera su encarnación, se llama a sí mismo “Hijo del Hombre”, designando así su divinidad, como lo hace en muchas otras partes.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 54, 1; PG 58, 532-533).

Sabe Jesús lo que piensan sus discípulos, respecto de su misión terrenal, pero da un paso más en el diálogo mesiánico orientando el discurso hacia la misión petrina. El segundo intento de Jesús también se orientará hacia su Iglesia.

«LA PREGUNTA DE JESÚS FUERZA A LOS DISCÍPULOS A ALEJAR LOS RUMORES.

¿Te das cuenta de la pericia de la pregunta? No dijo inmediatamente: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Al contrario, se refiere a lo que dicen los demás de Él para refutarlo y mostrar que es abominable, y por ello reconducirlos a la opinión correcta. Y efectivamente lo consiguió. Cuando los discípulos dijeron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que había resucitado alguno de los antiguos profetas, Él les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” ¡Cuán discreto es ese “vosotros”! Distingue a éstos de los demás para que también huyan de sus opiniones; así no tendrán una idea indigna de Él ni poseerán confusión alguna de pensamientos inestables acerca del mismo Juan ni de la resurrección de alguno de los profetas. Vosotros –dice– que habéis sido elegidos, que habéis sido llamados al apostolado por mi voluntad, vosotros que habéis sido testigos de los milagros que he hecho, ¿quién decís que soy yo?» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Lucas, 9, 18; CSCO 70 (Scrip. syr. 27), 164-165).

La primera pregunta de Jesús: “¿quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?”, está orientada a reconocer a Jesús como hombre. No se trata de un fantasma, como pretendieron los gnósticos, sino que se encarnó realmente en las entrañas purísimas de la SS. Virgen María. Aquí Jesús está haciendo una alusión implícita y velada sobre su procedencia de su SS. Madre. Pero la segunda pregunta de Jesús: “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, va más allá. Ya no se trata de lo que dice la gente acerca de la grandeza humana de Jesús, sino que suscita en los apóstoles una motivación en orden a elevar los ánimos para que piensen de Él muy por encima de las gentes sencillas, es decir, que reconozcan su divinidad, pues ellos han contemplado muchos milagros y vaticinios como para pensar más correctamente sobre Jesús.

“Simón Pedro tomó la palabra y dijo”: Si antes todos los apóstoles participaban en la conversación con Jesús, ahora enmudecen y es sólo S. Pedro quien habla en nombre de la comunidad apostólica.

“Tú eres el Mesías”: Dos serán las afirmaciones de S. Pedro: Jesús **Mesías** y Jesús **Dios**. Las enseñanzas de Jesús han venido preparando a los discípulos para este momento. Ahora que son conscientes de la misión de Jesús, confesada por S. Pedro, va Jesús a dar la *misión* a S. Pedro.

Los auténticos discípulos reconocen a Jesús como Dios. Los que escuchan a Jesús día y noche, lo reconocen.

“El Hijo de Dios vivo”: Esta segunda expresión va más allá del mero mesianismo de Jesús, cuyo contenido ontológico, en las mentes judías, era un tanto inferior al concepto de divinidad, además de las desviaciones doctrinales que se habían insertado a la función del Mesías esperado.

Pero S. Pedro llegó a juntar rectamente estos dos epítetos de Mesías y Dios, como una misma realidad personal, bajo la inspiración del mismo Dios, como le dirá a continuación Jesús:

“Jesús le respondió: –¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!”: Es una especie de bienaventuranza que afecta positivamente a S. Pedro, que está bajo la inspiración del mismo Dios.

Hasta tal punto ha querido Jesús recalcar la importancia de la respuesta de S. Pedro y la procedencia de la inspiración, por medio del Padre, que ha proferido una felicitación solemnísimas, pues le llama a S. Pedro por su nombre: “*Simón*”, y le completa el título oficial con el rimbombante apellido de “*hijo de Jonás*”.

Por tanto, es necesario que tú apliques tu mente y tu corazón a la profesión de S. Pedro, que habla aquí en nombre de toda la comunidad cristiana. Así como en la antigüedad costó mucho reconocer a Jesús como Mesías y Dios, así ahora, en el momento en el que tú vives, ¡cuánto cuesta reconocer a Jesús como Redentor y Señor del tiempo y de la eternidad! ¡Con qué facilidad se le niega a Jesús el derecho que tiene como Creador y Señor, como Redentor y Salvador, como Hijo del Padre, y Padre de la humanidad...

“Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo”: La expresión “*carne y hueso*” designa a la persona humana completa en su condición mortal. Por tanto, no está en la posibilidad del hombre tener un exhaustivo conocimiento autónomo de lo trascendente:

«*Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.*» (Mt. 11, 27).

Cualquier confesión sobrenatural tiene como impulsor el “*Padre que está en el cielo*”. La indigencia del hombre sin Dios es tanta, que

hasta de su misma indigencia tiene ignorancia. Tal es el estado del mundo que no conoce a Dios (cf. 1 Tes. 4, 5; 2 Tes. 1, 8), que se apoya en “carne y hueso”.

Tampoco es necesario que sea en ese mismo momento, en que S. Pedro profiere su oráculo, cuando Dios le inspire lo que ha de decir. Más bien se debe atribuir su profesión de presente a la formación que ha recibido del mismo Jesús durante su vida pública de Jesús, a las manifestaciones proféticas de Jesús, a sus milagros, a su integridad de vida, a su rectitud moral, a su entereza y perfección personal. En definitiva, que la fe no se improvisa, aunque es un don de Dios, sino que la persona se va madurando, se va preparando para que, llegado su momento, esté a la altura requerida. Esta doctrina te constriñe de tal suerte que no debes dejar un instante de tu vida sin hacer acopio de la gracia de Dios, que obra en cada persona y en cada acontecimiento para tu fortalecimiento en la fe, en la esperanza y en la caridad.

Es grande la dicha de un hombre a quien Dios se revela. Debe sensibilizar su conciencia y permanecer a la escucha.

Reconocen a Jesús como Mesías aquellos que viven a la escucha de Dios, como vivieron sus discípulos. No puede la carne reconocer a Jesús como Dios, como no lo reconocieron los judíos. A Dios se le ha de reconocer en espíritu.

“Ahora te digo yo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”: En arameo “piedra (κηφᾶς en griego)” se usa igualmente para la palabra Pedro. Es S. Juan (1, 42) quien utiliza la expresión aramea “κηφᾶς”. S. Mateo dirá “πέτρα (roca)”.

Esta es la segunda vez que el Señor se dirige a S. Pedro como fundamento de su Iglesia. La primera vez fue cuando S. Andrés, hermano de S. Pedro, le llevó a Jesús para que lo conociera:

«Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Éste se encuentra primeramente con su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías” –que quiere decir, Cristo–. Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (κηφᾶς)” –que quiere decir, “Piedra”–.» (Jn. 1, 40-42).

La palabra “*Iglesia*” aparece aquí por primera vez en los evangelios, luego volverá a aparecer por segunda y última vez un poco después, en este mismo evangelio de S. Mateo:

*«Si les desoye a ellos, díselo a la **Iglesia** (comunidad). Y si hasta a la **Iglesia** desoye, sea para ti como el gentil y el publicano.» (Mt. 18, 17).*

Se entendía por “*Iglesia*” a la comunidad de todos los judíos, en cuanto que formaban el pueblo elegido por Dios. Pero Jesús, con el posesivo “mi” (“*mi Iglesia*”), está hablando del nuevo Pueblo de Dios que se está aglutinando entorno a su misión mesiánica y a su Persona divina.

Y la persona que va a construir este nuevo templo es el mismo Jesús, pues Él mismo dice que edificará. Por tanto, tú eres edificación de Dios:

*«Somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, **edificación de Dios.**» (1 Cor. 3, 9).*

Jesús afirma que Simón Pedro (roca) es el **sostén** de toda la Iglesia y el que dará **estabilidad** y **permanencia** a la misma.

Las metáforas de Jesús tienen un significado fácil de entender:

- Jesús es el que **edifica**, el arquitecto.
- El edificio que se construye es la **Iglesia**.
- S. Pedro será el **cimiento** firme, estable e indestructible sobre el que será fundamentada la Iglesia y sobre el que se dará consistencia y duración al edificio:

*«Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa **sobre roca.**» (Mt. 7, 24).*

- Y como no se trata de un edificio material, sino moral, es decir, de una sociedad que han de formar todos los fieles, ha de contar con una autoridad suprema que le dé estabilidad y firmeza y a la que todos obedezcan. Por eso Jesús promete a S. Pedro la autoridad suprema sobre la Iglesia: el Primado de jurisdicción.
- Las siguientes metáforas ponen aún más de relieve este pensamiento:

- ✓ Los que luchan contra la roca (la Iglesia), no son Iglesia, son anti-Iglesia, anticristos; porque el Cristo total lo es con sus miembros: la Iglesia.
- ✓ Quien quiera permanecer dentro de la Iglesia, deberá buscar la piedra fundamental, deberá vivir unido a la jerarquía de la Iglesia, pues la Iglesia está fundamentada sobre S. Pedro.

“Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”: Es una alusión de Jesús al Rey Salomón, que edificó el Templo de Jerusalén sobre una roca famosa, la roca fundamental y fundacional: el cimiento seguro.

La roca sobre la que Salomón construye el Templo de Jerusalén era enorme, según una leyenda judía, era la mismísima puerta del infierno (el Hades), sellada con el Templo de Dios.

A la hora de fundamentar su Iglesia, Cristo Jesús tendrá en cuenta esta doctrina del hombre sabio que edifica sobre roca (cf. Mt. 7, 24), que, además, era la roca selladora de la muerte:

La Iglesia lleva 2.000 años zarandeada por todo tipo de temporales y no ha caído, y no caerá, pues *“está fundamentada sobre roca”*.

Salomón, el hijo de David, el ungido, construyó el Templo de Jerusalén sobre roca, y con ello selló las puertas del infierno. Jesús, el último Hijo de David, y el Ungido por Dios, construirá su Iglesia sobre roca (Pedro) y sellará las puertas del infierno. La Iglesia sustituirá al Templo de Salomón.

¿Dónde está la sabiduría de los necios que construyen *“su casa”*, que no la de Dios, sobre cualquier iglesia apóstata, o sobre cualquier capricho terreno?: —¿Dónde...?

“Y el poder del infierno (ᾗδου) no la derrotará”: Es el lugar donde iban todos los que morían. Se daba también a este lugar el nombre de “sheol”. No suponía, como ahora sí lo supone, el tormento del fuego eterno.

«Yo dije: A la mitad de mis días me voy; en las puertas del seol se me asigna un lugar para el resto de mis años.» (Is. 38, 10).

Posteriormente el término “*infierno*” se reservó sólo para los condenados, pues los justos habían salido del sheol con la muerte del Señor. En este lugar infernal quedaron los condenados con los demonios. Es a estas potencias diabólicas con sus secuaces a las que se refiere Jesús cuando dice que “*el poder del infierno no la derrotará*” (a la Iglesia).

¿Quiénes son este infierno? –Los que luchan contra la Iglesia, los que inventan errores, los que no la defienden, los indiferentes, los falsos cristianos: todos ellos son causa del debilitamiento de la Iglesia. No te vayas de S. Pedro, porque él es quien tiene las llaves del cielo.

¿En qué sentido el infierno no derrotará a la Iglesia? –Como resulta que Satanás es matador de hombres y mentiroso (cf. Jn. 8, 44), intentará aniquilar la Iglesia y sembrarla de errores, pero la Iglesia estará protegida contra esta pretensión diabólica, haciendo que por más cristianos que maten, la Iglesia seguirá siempre en pie, y por más mentiras y errores que se siembren dentro y fuera de la Iglesia, no prevalecerán los errores contra la infalibilidad de la Iglesia. El magisterio de la Iglesia está siempre asistido por el Espíritu Santo en orden a que jamás caiga en error alguno. Y si alguien en su maldad diabólica intentase sembrar error en la Iglesia del Señor, entonces ése desdichado se enfrentará contra el mismo Dios, y entonces “*el Señor lo destruirá con el soplo de su boca*” (2 Tes. 2, 8).

Con estas expresiones Jesús ha desafiado a las potencias del mal. Les dice a la cara que, si anteriormente consiguieron jurisdicción sobre el hombre, ahora no podrán contra su nueva creación, la Iglesia.

Si el demonio dijo con mentira a la mujer: “*de ninguna manera moriréis*”, ahora le dice Jesús al demonio con verdad: “*no la derrotarás*”.

“Te daré las llaves del Reino de los cielos”: La entrega de las llaves del Reino de los cielos (de la Iglesia) a S. Pedro, es conferirle el poder supremo de gobernarla.

El poder que había perdido el hombre en Adán con su pecado, lo recupera ahora en S. Pedro, pero mejorado, gracias a Cristo Jesús. Antes sólo tenía el hombre poder sobre la tierra, pero ahora lo tiene también en el cielo.

“Lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo”: Atar y desatar es un término jurídico y equivale a suprimir una obligación o a permanecer en ella, a absolver o condenar, a permitir o prohibir...

El poder de jurisdicción se lo entrega Jesús a la Iglesia para siempre en la persona de S. Pedro, pero como por otra parte S. Pedro vivirá tan sólo unos pocos años, debemos concluir que gozan de este poder de jurisdicción todos los sucesores de S. Pedro, es decir, todos los Papas, hasta la consumación de los siglos ¿De qué otra forma hace Dios las cosas?.

“Y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo”: Si te atas a la Iglesia de la tierra, S. Pedro te atará a la Iglesia del Cielo. Si te vas de la Iglesia terrena, S. Pedro no te abrirá las puertas de la Iglesia del Cielo, porque sus llaves son también de la Iglesia Triunfante.

“Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías”: La proclamación pública de Jesús como Mesías de Dios no deberá hacerse hasta después de su muerte y resurrección, pero hasta ese momento Jesús impone silencio: secreto mesiánico.

¿Quién creería a los apóstoles con semejante mensaje? ¿No provocaría la noticia alboroto en las autoridades judías y un adelanto en la hora de la pasión? Por lo tanto, lo que procede es silenciar el dato hasta después de la resurrección.

Por otra parte, la propaganda mesiánica podría enardecer los ánimos alborotados de ciertos fanáticos levantiscos del judaísmo, cosa que iba a extorsionar la labor evangélica que Jesús estaba realizando.